

A photograph of four people from behind, standing on a sandy beach at sunset. The scene is bathed in a warm, golden light. From left to right: a man in dark shorts, a woman in a patterned bikini top and denim shorts, a woman in a bikini top and denim shorts, and a man in dark shorts. The ocean and sky are visible in the background, with the sun low on the horizon.

# LA PLAYA DE LOS CRISTALES

PEDRO RAMOS

**edebé**

**periscopio**

# **LA PLAYA DE LOS CRISTALES**



PEDRO RAMOS

# LA PLAYA DE LOS CRISTALES

¿Cuántas formas tiene el amor?

Todos merecemos una segunda oportunidad

#estonoesunahistoriadeamor



**edebé**

© Pedro Ramos, 2017

Autor representado por AMV Agencia Literaria.

© Ed. Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebenet

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia

*Fotografía de cubierta:* Shutterstock

© *Fotografía del autor:* Alfonso Rego

1ª edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-683-3380-9

Depósito legal: B. 10778-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Por Lau y por todos mis compañeros.*



## Presentación

Amigos lectores:

*La Playa de los Cristales* es mi primera novela juvenil. Para escribirla necesité la siguiente banda sonora:

01. *Wild Wild West*. Will Smith
02. *Walk*. Foo Fighters
03. *Fergalicious*. Fergie
04. *No Surprises*. Radiohead
05. *Whispers in the Dark*. Mumford & Sons
06. *Young, Wild & Free*. Snoop Dogg
07. *Street Spirit*. Radiohead
08. *A Thousand Years*. Christina Perri
09. *Car Radio*. Twenty One Pilots
10. *Big Girls don't Cry*. Fergie
11. *Hero*. Family of the Year
12. *Castle*. Macklemore & Ryan Lewis
13. *Madness*. Muse
14. *Young and Beautiful*. Lana del Rey
15. *Demons*. Imagine Dragons

Me recomendó estos temas una amiga. Seguro que, durante la lectura, adivinas a qué parte corresponden.

Si se te ocurren mejores canciones, puedes compartir tu banda sonora (#BSplayacristales) aquí:  
[dosgatosymedio.tumblr.com](https://dosgatosymedio.tumblr.com)

Y si al terminar el libro, quieres decirme algo a mí o a alguno de los personajes, puedes enviar tu mensaje a [elchicodelaisladearena@gmail.com](mailto:elchicodelaisladearena@gmail.com).





**PRIMERA PARTE**

**LA ISLA DE ARENA**



Soy la siguiente. Cuando U tire la pelota en la cesta de plástico, tendré que correr a toda velocidad hasta el mar, lanzarme, nadar hasta la barca, pasar por debajo, agarrar una de las pelotas de colores, volver a bucear bajo la barca, nadar lo más rápido posible hasta la playa, recorrer los cincuenta metros a los que está la cesta y lanzar la pelota dentro.

Yo no quería ser la última de mi equipo. Lo del sorteo es tan mala idea como todo el juego. No me gusta que dependan de mí. No me gusta ser la líder ni nada de eso. No quiero ser yo quien decida el equipo ganador. Y ahora mismo vamos empatadas con las Spoilers, un grupo de niñas pijas que no paran de reírse mientras me miran. Tengo ganas de acercarme a ellas y darles un empujón; terminar con esta angustia. Pero me las tendría que ver con Óscar, el monitor que coordina este juego. No lo entiendo. ¿Para qué sirve? ¿Para pasar el rato? ¿Para demostrarme que no sé nadar tan bien como esas niñas mimadas? Eso lo sé sin tirarme al agua; no hace falta que me lo restrieguen. Además, ¿de qué serviría ganar?

La cabeza de U aparece junto a la barca. Lleva una pelota roja, de las que más puntúan, y saca bastante

ventaja a la otra chica. Jéssica, la líder de las Spoilers, le grita a su compañera que vaya a toda hostia.

—¡Esa boca, Jéssica! Está bien que quieras animar, pero sin palabras malsonantes.

Este es Óscar, el monitor jefe del campamento. Y así es como habla: como si fuera uno de esos libros que estudiamos en el instituto.

Jéssica, directamente, le ignora y vuelve a gritar a la otra Spoiler.

—¡Acelera!

Ella es la siguiente de su equipo, lo que significa que yo tendré que nadar contra ella, que todo se decidirá entre nosotras. Y U no lleva tanta ventaja como yo necesito. Se lo advertí: no se me da bien nadar. Mis tres compañeros, U, MO y Guille, se encogieron de hombros. Como si no les importase. Pero sé que les importa. A mí este juego, y casi todo, me da igual; pero ni mi familia ni los pocos amigos que me quedan lo entienden. ¿Cómo van a entenderlo si a veces no me entiendo ni yo? Este maldito juego solo pretende eso: mantenernos entretenidos y que hagamos algo de ejercicio.

U sale del agua concentrada en no perder un solo segundo. La Spoiler está a menos de diez metros de ella, lo que me parece insuficiente ventaja. Noto la mirada de Jéssica. Me dan ganas de girarme y lanzarle un puñado de arena a la cara; de salir corriendo, pero en dirección contraria al mar, recoger a mi hermano, la poca ropa que hemos traído y marcharnos de aquí.

Pero no puedo.

Y todavía falta más de una semana para que termine el campamento.

U lanza la pelota de plástico a la cesta y yo echo a correr hacia el mar. Jéssica grita: «¡Corre, gorda!», pero pienso que se refiere a su compañera. Me cruzo con ella cuando sale del agua y yo entro. Avanzo un par de zancadas. El agua está helada, tan fría que creo que mis piernas se van a separar del resto de mi cuerpo. Sin embargo, no dudo en lanzarme y empezar a nadar hacia la barca. Entonces, hago lo peor que puede hacer una persona insegura en una competición: mirar atrás. Y veo que Jéssica casi ha llegado al agua. Nado lo más rápido que puedo, intento no pensar en el momento en que tendré que bucear y pasar bajo la barca, pero lo hago. Llevo pensando en ese momento desde que empezó este maldito juego.

Me concentro en mover un brazo a la vez que la pierna contraria, la pierna contraria con el otro brazo... Jéssica me adelanta; juraría que, cuando lo hace, busca mi mirada, la misma que no le devolví en la playa. Tampoco ahora. Ya tengo bastante con pensar que tendré que pasar bajo la barca. Todavía estoy a la mitad del recorrido cuando Jéssica desaparece de mi vista de una forma casi inhumana. Lo reconozco: se ha sumergido como si fuese un delfín. Quizá lo lleve haciendo toda la vida; quizá practique todos los días en la piscina del chalet de sus padres, que tienen unos trabajos superimportantes y se quieren y la quieren hasta el infinito.

Jéssica vuelve a la superficie con una pelota roja en su mano izquierda. Y lo que pasa a continuación, lo prometo, no está planeado. Es un accidente.

En mi siguiente brazada golpeo, sin querer, la cabeza de Jéssica.

Cuando consigo volver a la playa, a Jéssica le han puesto una bolsa de gel frío en un ojo y le están curando varios arañazos en la mejilla. Óscar está muy enfadado: cree que lo he hecho adrede.

—Juana, me gustaría que te disculparas con Jéssica —dice—. Quiero..., *queremos* creer que ha sido un accidente.

«Claro que ha sido un accidente», digo para mí. Lo que más me molesta es que supongan que lo he hecho aposta.

—Esto es solo un juego, nada más —continúa Óscar.

—Por supuesto, yo no quise golpear a nadie —digo.

U y los dos chicos de mi equipo, Guille y MO, me miran sorprendidos.

—Juana, todavía no he oído que le hayas pedido perdón.

—Lo siento, Jéssica, no quería golpearte de esa manera; pero nadar no es lo mío.

Doy un paso hacia ella y le ofrezco mi mano. Ella remolonea, aunque al final me la estrecha, mientras su ojo sano me mira con un poquito más de desprecio y Óscar nos suelta su discurso sobre la importancia de la convivencia pacífica.

—Uno de los objetivos de este campamento es precisamente que personas de muy distinta procedencia aprendáis a convivir y disfrutéis de unos recursos que, normalmente, no podéis utilizar. Gracias, chicas. Ahora, por favor, recoged todo el material y dejadlo en su sitio.

U está más satisfecha que si hubiéramos ganado y Guille sigue con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiera dar crédito a lo que acaba de ver.

—Ha sido sin querer, os lo juro —insisto.

Guille recoge una por una las pelotas de plástico que hay en la arena.

—Da igual, Pirata, ya está hecho y creo que a ella no le importa si fue intencionado.

¿Pirata? ¿Me ha llamado «Pirata»? No será por lo bien que nado. Aunque lo del mote es un problema menor si me he convertido en el objetivo de Jéssica.

—¿Crees que...? —ni siquiera atino en las palabras.

¿Qué debería decir? ¿Se tomará la justicia por su mano? ¿Se vengará?

U ataja mis dudas.

—Que venga...

U, aparte de la única chica con la que me llevo bien aquí, es lo más parecido a una amiga que he tenido en mucho tiempo. Ni a ella ni a mí nos importa demasiado la moda: vestimos pantalones anchos y una talla más de camiseta de la que necesitamos. Todo lo contrario de las Spoilers, siempre vestidas como si cada una fuese una *it-girl*.

Los otros dos miembros del grupo son Guille y MO. Guille tiene un coeficiente intelectual más alto de lo



normal, aunque no le gusta que lo digamos, y es muy bueno poniendo apodos: lo de Spoilers fue idea suya y parece que ahora le ha dado por llamarme Pirata. El cuarto del grupo es MO, que siempre está haciendo o diciendo algo divertido.

Ninguna de nuestras cualidades nos servirían de mucho en una pelea, así que la mejor estrategia es pasar desapercibidos.

U termina de recoger y me ofrece un libro que ha sacado de su mochila.

—¿Lo has leído?

Miro la portada. Es negra y tiene un círculo con un pájaro dentro. El título, en mayúsculas: *Los juegos del hambre*.

—No, no lo he leído. ¿De qué va?

—La protagonista me recuerda a ti.

Sonrío. Me suena que hicieron una película con el mismo título. Ahora mismo no recuerdo cuál fue el último libro que leí y no me apetece mucho leerme uno que debe de tener, por lo menos, cuatrocientas páginas. Pero no me atrevo a decírselo.

—Gracias. Aunque no creo que me dé tiempo a leerlo antes de que acabe el campamento.

—Inténtalo.

Terminamos de guardar todo el material en una de las barcas. U debe de haber enloquecido si cree que me voy a leer semejante libro en lo que queda de campamento.

—Una vez lo empiezas, seguro que no puedes parar —continúa—. Te digo que me recuerdas mucho a la protagonista.

Y dale. Seguro que la autora no ha tenido nada mejor que hacer que utilizar mi vida como modelo. Si U supiera... Como no quiero defraudarla, tomo el libro y no digo nada mientras regresamos al albergue.

El albergue es un edificio de tres plantas, bastante destartado, donde estamos casi todo el tiempo que pasamos bajo techo. Allí comemos, allí dormimos y nos duchamos, e incluso jugamos a videojuegos; en la planta baja hay una sala con varias televisiones y una sábana para proyectar películas. Es el mayor de los lujos al que podemos aspirar aquí.

El campamento debió de vivir épocas mejores, porque este año la segunda y la tercera planta están cerradas. Diría que llevan cerradas mucho tiempo.

Subimos las escaleras de entrada al edificio, donde ya hay gente trasteando con sus móviles.

—¿Estás bien? —me pregunta U.

—Sí.

—Son idiotas.

Al menos, no soy la única que lo piensa. Sin decir nada más, entramos en el edificio y caminamos hacia el Banco de Móviles, que no es otra cosa que una caja cerrada con llave y administrada por un monitor.

Todos los días, a partir de las ocho y media, puedes recoger tu teléfono. Y todos los días se repite la misma situación: el monitor te mira de arriba abajo, como si fuera la primera vez que te ve, y dice:

—¿Nombre?

Llevamos más de la mitad del campamento y todavía no se sabe el nombre de ninguno de nosotros, ni siquiera el teléfono que usamos. Para él es como si

todos fuéramos iguales. Le digo mi nombre y apellidos mientras busco yo misma en la caja.

—Aquí está.

El monitor marca con una equis la casilla correspondiente a Recogida y me pide que firme. Lo saco de la bolsita de plástico transparente, donde también está el cargador, y lo enciendo. U recoge el suyo.

Lo siguiente es encontrar un enchufe. Sé que suena raro, pero es fundamental para sobrevivir, sobre todo si tu móvil es tan viejo como el mío. Los enchufes de la sala de reuniones ya están ocupados. Por eso es importante venir a primera hora, para evitar el *overbooking*. Además, así tenemos más tiempo para estar conectados antes de irnos a las duchas. También podríamos hacerlo al revés, pero nos pueden las ganas de móvil.

U y yo volvemos al vestíbulo y nos abalanzamos sobre el primer enchufe libre que vemos. A pesar de que ella llega antes que yo, me lo cede y pongo el mío a cargar. Se lo agradezco: su teléfono es más moderno y no la va a dejar tirada en cualquier momento. Al mío le da igual estar apagado todo el día; en cuanto lo enciendo, es como si la batería se evaporase.

—Mira esto...

Le enseño la foto que acabo de recibir de Jéssica: un *selfie* de ella y las Spoilers haciendo el signo de la victoria y mirando desafiantes a cámara.

—Te lo he dicho: son idiotas. Si quieren venir, que vengan.

Me gustaría estar tan segura como U. ¿Y si vienen a por mí? Mientras contesto los mensajes que he recibido, pienso en qué haría si no me dejan en paz...

¿Qué podría hacerles yo a esas niñas tan felices que tienen nombres tan rimbombantes como Jéssica, Noa o Sheila? Es curioso que todas tengan nombres de ese estilo. Yo soy Juana, ni Joana, ni Jenny, ni cualquier otra variante. Mis padres me pusieron Juana y no pienso dejar que me llamen de otra manera. Por muy antiguo que parezca, por mucho que me acosen aquí o en el instituto, no van a salirse con la suya.

¿Qué pensaría U si le contara lo del accidente? Cuando se enteraron en el instituto, todo el mundo empezó a mirarme de otra manera. Siempre me ha resultado difícil contar cosas sobre mí misma, pero es todavía peor cuando la gente cree que lo sabe todo sobre ti porque conoce un detalle que ha marcado tu pasado. Empezaron a referirse a mí, a definirme, por ese suceso: el accidente. Les inspiraba tanta lástima que, a sus ojos, ya no podía ser otra cosa que la chica cuya madre había muerto en un accidente de coche.

Por eso cuando mi hermano y yo llegamos al campamento, le dije que no podía contarle. Y es que si de una cosa estoy segura es de que, cuando te han dicho tantas veces que no vales nada, terminas por creerlos. Sus palabras son un peso que te impide avanzar, incluso seguir a flote. Llega un momento en que ni siquiera tienen que decírtelo. Basta con su mirada. Y hay una mirada peor que la de superioridad: la condescendiente.

—¿Algo? —me pregunta U.

—Nada.

U me enseña un par de fotos graciosas. Sin embargo, no consigo quitarme de la cabeza el *selfie* de Jéssica y sus amigas desafiándome con su mirada altiva. Cómo

odio esta sensación de acoso. Me hace recordar... De repente, siento la necesidad de respirar aire fresco, así que recojo mi móvil y la mochila y salgo del vestíbulo casi sin despedirme.